

## Miro los libros frente a mí

CARLOS ROMAN GARCIA \*

El libro, desde su origen, ha despertado en el hombre sentimientos duales. En un bello artículo titulado "Del uso de los libros", Juan Nuño atribuye a su poder potencial el medio que ese objeto, regularmente encuadernación concertada de hojas impresas, suscita en cierta gente. Dice Nuño: "En el fondo, lo que cuenta es que al libro siempre se le ha temido: que en un pequeño espacio concentrado puedan acumularse conocimientos, órdenes, informes, críticas, un remedo completo de la vida, es cosa que ha asustado a los hombres".

Ese poder subversivo ha provocado la destrucción —en ocasiones disfrazada de asepsia ideológica, de furor iconoclasta o de simple despecho por el pensamiento ajeno— de bibliotecas enteras, ha promovido la censura y aun la prohibición o restricción del hecho de escribir. El incendio de la biblioteca de Alejandría, ordenado por un califa rigurosamente islámico, fue justificado por éste con el argumento de que existiendo el Corán, los libros que se opusieran a su dogmática eran nefastos y los que lo repitieran o glosaran inútiles. Recuerda o inventa Borges —para el caso resulta inclusive— que el César romano, al ser alertado sobre dicha destrucción, con la cual se borraba una parte sustancial de la memoria humana, exclamó: "Déjenla arder, es una memoria de infamias".

Cuando un libro basta para sacrificar miles, extremo visitado durante toda la historia, aparece la duda: ¿qué libros deben conservarse? Milton advierte en *Areopagítica*: "Matar a un buen hombre es como matar a un buen libro; quien mata a un hombre mata a una criatura de razón, imagen de Dios, pero quien destruye un buen libro, mata a la

---

\* Instituto Chiapaneco de Cultura.

razón misma y a la imagen de Dios que ahí se guarda". ¿Qué libros son buenos? Aunque la pregunta parece obvia, la respuesta no lo es tanto existiendo como hay tantas visiones y tan subjetivas como los hombres mismos.

La biblioteca aparece como solución para omitir si no para resolver esa duda; especialmente cuando deja de ser una colección individual, propiedad exclusiva de un bibliófilo, para convertirse en patrimonio colectivo, en reserva ilimitada de la memoria y la conciencia de la sociedad toda. Cuando los libros dejan de ser simples objetos de culto para transformarse en ventana al universo del conocimiento, en nuevo árbol de tentaciones cuyos frutos jugosos esperan la mordida curiosa de cualquier Adán dispuesto a perder el paraíso de la ignorancia, la inocencia del "no saber".

Así, cuando los libros no se coleccionan para el placer privado, con ese afán avaro con que otros esconden el dinero, la biblioteca ofrece generosamente sus tesoros a quien sepa hallarlos. Cuando está vacía, o en manos torpes e insensibles, se cumple puntual la sentencia de Víctor Hugo: "hay algunas gentes que son en una biblioteca como los eunucos en un harem". Ominosa suerte la de las colecciones destinadas a la pira encendida por malvados y necios, peor la de aquéllas que yacen abandonadas a las plagas, inertes ante la humedad y el polvo.

Los libros necesitan, como la piel de una mujer desnuda, un tacto que los despierte, una mirada que les arrebate la sabiduría que guardan; sus palabras no existen si alguien no las invoca. Mudos como las piedras están cuando nadie dialoga con ellos. Fría y silenciosa la biblioteca si no la recorren y la animan voces y pasos. Semejantes a tumbas, los estantes acumulan cadáveres y los autores quedan, ahora sí, para siempre, muertos si no se repiten en alta voz sus textos, ésos que legaron para enseñar al futuro su visión del mundo.

"Nadie rebaje a lágrima o reproche/ esta declaración de la maestría/ de Dios, que con magnífica ironía/ me dio a la vez los libros y la noche", dice Borges en el "Poema de los dones", escrito en el momento en que la intrincada relación de causas y azares los condujo simultáneamente a la dirección de la Biblioteca Nacional de Argentina y a la ceguera definitiva. Sin embargo, siguió frecuentando hasta su muerte la prosa de Stevenson, la retórica de Quevedo, las sagas nórdicas y tantos otros libros cuya amorosa, que no morosa delectación hizo renacer. La oscuridad como aciago y no como don está destinada a aquéllos que en busca de luz encuentran bibliotecas en desorden, ajenas a catálogos e índices. Por algo una de las secretas identidades de los bibliotecarios es el curioso afán de ordenar el universo, de gobernar los datos.

Las claves que descifran la naturaleza, todas las formas de mirar un

árbol, las certezas y los errores, el anchuroso mar de la duda y la efímera isla de la noción están en los libros. Ahí, todo lo que los hombres han sido y deseado. Por eso, rodeado de los miles de libros que forman las colecciones especiales de la Biblioteca Pública Central de Chiapas, no me siento solo.